



**HUGON, Alain: *La insurrección de Nápoles, 1647-1648: La construcción del acontecimiento*, (traducción de Marie Salgues con la colaboración de Mónica Castillo Lluch), Zaragoza, Prensas de la universidad de Zaragoza, 2014, 514 págs.**

Existen acontecimientos sobre los que la historiografía pasa y repasa continuamente. La revolución de Nápoles constituyó un mito casi desde su más temprana crónica. La Historia de las revoluciones que tuvieron lugar en 1647 ocuparon las páginas de historiadores y publicistas contemporáneos con gran éxito; un amplio público lector tuvo acceso a dichos sucesos gracias a las crónicas de Giraffi, traducido al inglés casi al salir de la prensa, y de Gualdo Priorato, puesto en francés un par de años después de los sucesos. La pronta difusión del relato de Masaniello, de la fortuna de la revuelta, hicieron entender a los europeos que las revoluciones que asolaban el continente eran episodios de un todo. Españoles, portugueses, británicos, franceses, italianos y alemanes percibían en el epicentro de la Guerra de los Treinta Años la descomposición de un mundo, contemplando sus dificultades no como hechos aislados, particulares de sus naciones, sino como un conjunto interconectado. Nápoles fue una suerte de contrapunto y ello permitió a Thomas Hobbes comprender que aquellas revoluciones eran un signo de los tiempos. Así lo manifestó en la introducción a Behemoth. Desde entonces tanto la figura de Masaniello como de la revuelta del mercado del Carmen ocuparon miles de páginas de historiadores ilustrados, románticos, nacionalistas, liberales, marxistas, microhistoriadores, historiadores de la cultura e incluso de género. La multitud de significados extraídos de estos hechos constituyeron un conjunto de capas sedimentadas que pueden percibirse como un archipiélago de la memoria. Con este concepto, “archipiélago de la memoria”, Alain Hugon parece querer representar un conjunto de imágenes e interpretaciones aisladas que contempladas como conjunto, como archipiélago, cobran un sentido completo. No estoy muy seguro del acierto de esta metáfora, porque el autor utiliza un amplio conjunto de imágenes que buscan a través del establecimiento de semejanzas una descripción muy plástica del pasado. No se trata de conceptos sino de impresiones, como ocurre con archipiélago, que el lector puede suscribir e interpretar. Así, también entran en juego palimpsesto, mosaico, sedimentaciones... un juego visual y plástico en el que, en todo momento, hay un esfuerzo por mostrar elementos de conjunto e individualidades, disparidades entre unidad y disparidad, entre compuesto y descompuesto. Así la sociedad napolitana la forman las teselas del mosaico étnico, cultural, social y político que la delimitan, su pasado nace de superposiciones, de los distintos sedimentos que en capas sucesivas le van dando forma... Creo que estos recursos narrativos más allá del objeto de estudio abren una ventana a la

cosmovisión del autor, receloso de las interpretaciones unilaterales, unitarias y cerradas. Todo está abierto, todo es complejo, nada se puede reducir a una sola explicación.

El libro parte de una premisa que al mismo tiempo parece manifestación de impotencia, las revoluciones del siglo XVII fueron comprendidas como un conjunto por sus contemporáneos, pero esta globalidad es muy difícil vertebrarla en una narración, por tanto es forzoso contemplar sólo la situación napolitana, con eventuales excursiones a hechos ocurridos en otras latitudes. Es decir, desde la singularidad napolitana el autor tratará de informarnos de lo acontecido más allá del reino. No hace falta repetirlo, Nápoles es un buen ejemplo porque es un palimpsesto, una acumulación de experiencias: helénica, romana, normanda, suaba, angevina, aragonesa, italiana y española. Todas estas capas viven o perviven en un mismo espacio, unas están enterradas por los sedimentos posteriores, pero permanecen ahí, afloran de vez en cuando dando un carácter especial a cada manifestación social, política, cultural o económica. Todo ello se adhiere a cada momento del presente. Adentrarse en las capas superpuestas del palimpsesto dificulta la comprensión de lo napolitano en la globalidad, cada uno percibe y resalta una faceta, un rasgo o un color.

Uno de los problemas que Hugon detecta y resuelve es el relato de los acontecimientos. Los historiadores de los siglos XVII al XIX sí prestaron atención a los detalles, no así los del siglo XX, el estudio de Rosario Villari, que marcó el canon de los estudios marxistas, fijando una especie de consenso para la posteridad, se ocupó de los precedentes y fijó las causas en la crisis del modo de producción feudal, con un anacrónico proceso de refeudalización que explicaba el porqué. Pero no fue más lejos. Giuseppe Galasso analizó poco después con precisión los años posteriores a la revuelta, prefiriendo relatar los detalles y dejar a los lectores que sacaran sus propias conclusiones. En general casi nadie se preocupó del “durante”, solo se prestó atención al “antes” y el “después”. Hugón cubre este espacio con notable solvencia, le parece perentorio dar respuesta a dos preguntas a las que no ha respondido la historiografía reciente: ¿qué pasó? ¿cómo fue?. Después de una introducción en la que sitúa el contexto de Nápoles en la Edad Moderna pasa a satisfacer las respuestas planteadas, el capítulo 2 nos responde para la capital, el 3 para las provincias. En el 4 hallamos la síntesis de ambos espacios y un relato de la evolución de la revuelta después de la ruptura del orden. Pero el autor no descuida su preocupación original, esforzándose por integrar el suceso en la globalidad, atendiendo en el capítulo 5 al conjunto de redes que afectan los acontecimientos en el entorno externo más inmediato, muy particularmente respecto a lo español en Italia, mientras que en el sexto se proyecta a la política internacional y la opinión pública. Concluye su desarrollo con la narración de la vuelta al orden.

Entre los capítulos 2 y 7 nos hallamos ante una secuencia de hechos, un relato vertebrado sobre fuentes originales y resúmenes de trabajos de investigación que se desarrolla sobre la premisa de poner orden en los datos. Tal premisa se clarifica con una detallada cronología que aparece como apéndice entre las páginas 461 y 466 que el lector debe tener presente mientras sigue estos capítulos. Al establecer el orden de las cosas, las causas y los efectos, pretende y consigue

afectar a la interpretación. Es el núcleo de lo que pasa y no lo que antecede o lo que sucede lo que es pertinente para saber por qué fue importante Nápoles entre 1647 y 1648. Esta técnica le permitirá jugar con la comparación entre Historia y memoria, deshilar el sentido de la interpretación de los hechos, lo que se ensombrece y lo que se ilumina, de modo que se construye un recuerdo de los hechos, tanto en los textos como en las imágenes. Los capítulos 8, 9 y 10 están preñados de reflexiones que van más allá del objeto de estudio, afectando a la comprensión del oficio de historiador pues no desdeña las obras literarias, grabados y pinturas, insertando el discurso histórico como una forma de narración. Memoria e Historia se entrelazan y al final se retiene un conjunto de imágenes mezcladas y representadas de formas distintas en cada momento del presente. El presente modela el pasado, realza y da sentido a sucesos pasados: “Los paradigmas contruidos de un presunto pasado sirven entonces como catalizadores para las preguntas que una sociedad se hace a sí misma en un momento dado”.

¿Existe un afán revisionista en todo esto? Más bien no. Hugon repasa un acontecimiento contemplándolo desde todos los puntos de vista posibles, desde el relato de los hechos en el instante en que se producen hasta los objetos o artefactos que los recuerdan transcurridos los años, en capas superpuestas. El palimpsesto no solo afecta a Nápoles sino también en la forma en que se comprende el oficio de historiar, como un arqueólogo que va excavando capas superpuestas que va mostrando distintas situaciones visibles en cada estrato, la memoria y la Historia van acumulando sedimentos que el historiador debe desvelar y mostrar al juicio de sus contemporáneos.

Cabe felicitar al autor por ser capaz de construir un relato original sobre un hecho del que se ha escrito y estudiado mucho. Asimismo se trata de un libro de lectura amena, que en ocasiones es difícil de abandonar porque cautiva y engancha, algo que en el caso que nos ocupa es resultado de una traducción meritoria. Por último, sin ánimo de crítica sino como constatación de algo interesante, esta traducción ofrece también un pequeño motivo de reflexión respecto al título. El original francés es mucho más claro en sus pretensiones *Naples insurgée 1647-1648. de l'événement à la mémoire*: Literalmente “Nápoles insurgente, 1647-1648: Del acontecimiento a la memoria”. Refleja en una sola frase todo el contenido del libro, describe los dos bloques que el autor ha trazado, el hecho y su posterior recuerdo e interpretación. Sin embargo, el título de la edición española *La insurrección de Nápoles, 1647-1648. La construcción del acontecimiento* no es tan aséptico como el texto original. Dado que el autor ha revisado el texto español, no puede decirse eso de “traduttore traditore”, más bien hay que pensar que esta traducción contiene también una revisión, en la que se pone más énfasis en dos cuestiones que en la edición francesa discurren de manera más silenciosa, la más clara es la idea de construcción del pasado desde el presente, el pasado no se estudia sino que se recrea y esa creación constituye casi a partes iguales la memoria y lo que llamamos Historia. La segunda reflexión es menos evidente y quizá me equivoque en mi interpretación pero “La insurrección de Nápoles” es un título inusual frente a las categorías descriptivas habituales de revolución, revuelta, rebelión o levantamiento. Puede parecer un matiz sin importancia, insurgente es sublevado o levantado, es decir, consigna un hecho de

## RESEÑAS

desorden que no entraña ningún análisis causal, sin embargo *insurrección*, que es sinónimo de levantamiento, se aplica a toda la sociedad y no de una parte de ella, expresa unidad y unanimidad, suele emplearse en relación a un pueblo o una nación, sin distinción de clases o partidos, que se alza en su conjunto. El empleo de este término es, cuando menos, interesante.

**-Manuel Rivero Rodríguez-  
IULCE-UAM**